

# Sociedad civil y democracia en Brasil: Crisis y reinención de la política

Miguel Darcy de Oliveira<sup>1</sup>

*Descreencia en la política y  
emergencia de una cultura cívica*

Veinte años después del restablecimiento de la democracia en Brasil vivimos un nuevo momento de transición. Viejos modelos y nuevas ideas se confrontan en el imaginario de la sociedad.

<sup>1</sup> Miguel Darcy de Oliveira es director de las ONG Comunitas y IDAC, coordinador en el Instituto Fernando Henrique Cardoso del proyecto Sociedad Civil y Democracia en Latinoamérica. Investigador y activista social, sus temas prioritarios de trabajo son el papel estratégico de la sociedad civil, opinión pública y nuevas tecnologías de información en la reinención de la democracia y de la política.

Crisis política y, más profundamente, crisis de la política coexisten con nuevas formas de participación de los ciudadanos. Indignación contra la corrupción, exasperación frente a la violencia y incivilidad, ausencia de una visión compartida de futuro coexisten con la emergencia de nuevos procesos de participación y transformación social.

Son tiempos de incertidumbre, riesgo y perplejidad. Tiempos también de creatividad, experimentación y reinención. Esta tensión entre lo viejo y lo nuevo se sintetiza en la siguiente paradoja: descreencia creciente y generalizada de la población en las instituciones políticas y, a la vez, emergencia de una cultura cívica de diálogo y debate.

Stephen Coleman, de la Universidad de Oxford, define la democracia contemporánea como “un encuentro entre extraños” en la medida en que las relaciones entre ciudadanos e instituciones políticas se caracterizan por la distancia, opacidad, desconfianza y falta de respeto.

Los políticos están convencidos de que la población no sabe expresarse; la población está convencida de que los políticos no saben escuchar.

La persistencia de esta crisis de legitimidad de las instituciones políticas abre camino para regresiones autoritarias y populistas que pueden venir a constituirse en una amenaza al proceso democrático mismo.

Por otro lado, la emergencia de una cultura cívica de participación, argumentación y comprensión crítica apunta hacia la reinención de la política y de una democracia enraizada en el cotidiano de los ciudadanos y en la dinámica de una sociedad en constante movimiento.

## *El papel estratégico de la sociedad civil*

La democracia – proceso de construcción colectiva y obra siempre inacabada – se ha expandido y fortalecido significativamente en Brasil a lo largo de los últimos veinte años por la acción de una sociedad civil vibrante y participativa.

En su multiplicidad y diversidad, las iniciativas de ONG, movimientos sociales, fundaciones e institutos, ampliadas por innumerables redes, foros, alianzas y coaliciones, captan demandas emergentes, dan voz a nuevos actores, testan soluciones innovadoras, presionan gobiernos e influyen a la opinión pública.

Este creciente protagonismo de la sociedad civil es expresión de la capacidad de los ciudadanos de actuar por sí mismos. La lógica de la sociedad civil es la de la libertad, autonomía y diversidad. Las iniciativas son tan variadas cuanto las cuestiones sociales y la energía de quienes se mobilizan en su alrededor.

La legitimidad de las ONG no viene de un mandato electivo y tampoco de una representatividad derivada del número de sus miembros. Viene de las causas que promueven y de las acciones que emprenden. Las organizaciones y movimientos de la sociedad civil son aquello que hacen sus ideas, valores, mensajes, propuestas y realizaciones.

El poder de la sociedad civil es de una naturaleza *soft*. No es el decidir o imponer sino el experimentar, innovar, denunciar, proponer, persuadir e influir.

En la sociedad civil no hay instancias de control y tampoco unanimidad sobre qué hacer. No es necesario pedirle permiso a nadie para actuar. Tampoco hay jerarquía predefinida de prioridades. No hay ni podría haber una ins-

tancia de reglaje capaz de decir si una determinada causa es más o menos importante que otra.

En regímenes autoritarios, la sociedad civil, mientras sea espacio de libertad y de participación, se contrapone al Estado. En la democracia, la relación no es de oposición, tampoco de subordinación. Su fortalecimiento no es causa ni consecuencia de la debilitación del Estado. *Más sociedad civil* no quiere decir *menos Estado*. La sociedad civil existe por sí misma.

Como construcción de los ciudadanos, la sociedad civil tiene sus raíces en lo privado. Pero de la misma manera que público no es sinónimo de estatal, privado tampoco es sinónimo de mercado. Al movilizar energías, competencias y recursos privados en actividades de interés público, el protagonismo de la sociedad civil rompe la polaridad entre público y privado.

La sociedad civil no es homogénea. No es un “mundo del bien”, guiado por valores puros y nobles, en contraposición a los “males” del Estado y del mercado. Arena de debate, la sociedad civil es cruzada por los conflictos y controversias presentes en la sociedad.

En este sentido, la propia expresión “sociedad civil organizada”, hasta muy poco tiempo celebrada como etapa más elevada de conciencia política, envejeció y suena hoy como un anacronismo.

La participación de los ciudadanos es inorganizable y, en un cierto sentido, es precisamente en esta desorganización – reflejo de la creciente fragmentación del mundo contemporáneo – que reside su fuerza. Cualquier tentativa de apropiación de este espacio necesariamente abierto por un actor social o proyecto político – pretensión ilusoria y con-

denada al fracaso – va de encuentro a su irreductible libertad y autonomía.

Hay quienes vean en la pluralidad de iniciativas, actores y temáticas, un riesgo de fragmentación y dispersión de energías que dificulta o puede llegar a obstruir la elaboración de una visión de conjunto de la sociedad y la formulación de una estrategia común de transformación social.

La tendencia a la fragmentación parece inexorable. Lo que no impide el proceso de transformación de la sociedad, pero sí hace que dicho proceso se dé por nuevos caminos más fluidos e impalpables.

Ya no hay una gran narrativa o proyecto hegemónico capaz de unificar la acción de los actores sociales. La sociedad civil no es y tampoco puede ser un partido político con una propuesta de poder. No tiene y tampoco puede tener una estrategia uniforme y acabada de transformación social.

Su faz más visible es la de un conjunto de organizaciones y movimientos, pero es mucho más que esta vertiente organizacional u organizada. Sociedad civil organizada es una vieja idea en la medida que no da cuenta de tres fenómenos que caracterizan la sociedad contemporánea:

- la afirmación como actor social de un “nuevo individuo” capaz de pensar y decidir por su propia cabeza;
- el protagonismo creciente de una opinión pública que se informa, delibera, toma posición e influye;
- la apertura por los medios y por las nuevas tecnologías de información de un ambiente inédito para la formación de opiniones, comunicación y debate.

## *La emergencia del individuo como actor social*

En la sociedad contemporánea las personas tienden a ser más “inteligentes”, “rebeldes” y “creativas” que en el pasado, en la medida en que son constantemente llamadas a elaborar juicios de valor y a hacer elecciones, donde antes había apenas conformación a un destino preestablecido. Esa mayor capacidad de las personas de pensar por su propia cabeza, formular juicios de valor y decidir por sí mismas es consecuencia de la declinación de las diversas formas de autoridad fundadas en la religión o en la tradición.

Antes el destino estaba predeterminado. Hoy cada uno elige y construye lo que quiere ser por medio de múltiples decisiones. Cada uno de nosotros en su vida cotidiana, incluso en la esfera íntima, se encuentra confrontado a elecciones que ya no están prescritas por una autoridad incontestable y tampoco reguladas por la ley.

La experiencia del cuerpo y de la sexualidad, la decisión de casarse o no casarse, mantener el matrimonio u optar por la separación, tener o no tener hijos, interrumpir o no un embarazo indeseable, ejercer el derecho de morirse con dignidad – todo ese conjunto de cuestiones está en abierto y es objeto de deliberación y elección. La misma preservación de la relación amorosa exige de cada uno atención y cuidado constante con el otro, que es también un sujeto dotado de deseos, voluntades y capacidad de elección propia.

En el pasado, tradición y religión determinaban identidades que eran destinos. Hoy la identidad se construye por las elecciones que cada uno hace. Cada uno busca ser lo que es. Pero en la sociedad contemporánea cada uno, como lo diría Fernando Pessoa, es muchos. Las identidades son

múltiples y fluidas, como es múltiple y fluido el repertorio de experiencias y pertenencias.

En tiempos de colapso de las grandes narrativas y proyectos totalizadores, la emergencia de este individuo que piensa, delibera y decide es un fenómeno que precisa ser entendido y valorado en su capacidad de revitalizar la democracia y la política.

Alain Touraine observa que “el espacio público se está vaciando por arriba y se está relleno por abajo”. Esta formulación capta con acuidad el doble fenómeno de vaciamiento de la política, incapaz de tratar con los problemas globales, y de ejercicio por el individuo de un creciente poder de elección y decisión sobre cuestiones que afectan directamente su vida y su futuro.

Es hora de superar viejos y arraigados prejuicios contra lo individual y lo personal entendidos como negación de lo social y de lo colectivo. Cada uno se construye como sujeto y ciudadano en la resistencia que opone a lo que niega su libertad y en la búsqueda incesante de dar sentido a su propia vida. Esa construcción no se puede dar en el vacío. Cada uno sólo puede ser lo que quiere ser en la interacción con los demás.

Estamos delante de una nueva articulación entre vida personal y debate público, responsabilidad individual y colectiva, libertad y solidaridad. El proceso de construcción de sí es inseparable de la dinámica de transformación social.

*La emergencia de la opinión pública y la apertura de nuevos espacios para la formación y comunicación de opiniones*

Ciudadanos capaces de pensar por la propia cabeza, deliberar y tomar posición están en la base de un segundo fenómeno de gran significado para la construcción de una

política abierta y una democracia en el cotidiano: la emergencia de una opinión pública con creciente poder de influencia en el debate público.

A ejemplo de la emergencia del individuo como actor, el surgimiento de una opinión pública informada y participante es un fenómeno reciente y global que se viene expresando con gran fuerza en el Brasil contemporáneo.

Manuel Castells ha sido uno de los primeros a llamar la atención para el cambio representado por la transición de una esfera pública anclada en las instituciones políticas para una esfera pública estructurada en torno al sistema de comunicación.

La voz de los ciudadanos se hace escuchar cada vez más por medio de las manifestaciones espontáneas de la opinión pública. La gente se informa, elabora juicios de valor y toma posición sobre cuestiones de interés público con base en el debate y deliberación que ocurren en los espacios abiertos por los medios de comunicación y por las nuevas tecnologías de información.

Cada vez más los ciudadanos elaboran sus puntos de vista, opiniones y opciones con base en lo que viven y ven. Si la visión y la vivencia no tienen relación con los mensajes de los políticos, el resultado inexorable es la descreencia y pérdida de confianza.

La oposición global a la invasión de Irak, justificada en base a informaciones inverídicas, y la reacción ejemplar del pueblo español castigando el Gobierno Aznar por su manipulación de la información sobre la autoría del atentado de Madrid, en marzo del 2004, son dos ejemplos recientes y elocuentes de la exigencia de verdad mientras valor político primordial.

El otro lado de la exigencia de verdad es la capacidad de la población de percibir y rechazar los gestos demagógicos,

las falsas soluciones, las promesas y palabras vacías, los abordajes simplistas de problemas complejos.

El resultado sorprendente del referendo de octubre del 2005 sobre la prohibición del comercio de armas y municiones en Brasil también puede ser comprendido a la luz de los fenómenos que aquí están siendo discutidos: el poder de la Internet como ambiente para la formación de opiniones y la capacidad del ciudadano de pensar por la propia cabeza, confrontar puntos de vista, deliberar y tomar posición.

En el debate sobre el desarmamiento, inúmeros grupos e individuos utilizaron los espacios virtuales para exponer libremente sus puntos de vista, en un lenguaje sencillo y directo. Inopinadamente se abrió un foro de ideas a la contribución de múltiples participantes. Una determinada opinión no tenía más peso o autoridad que otra cualquier. No había instancia de control de lo que podía o no ser dicho, de lo que era o no políticamente correcto.

*Blogs* y comunidades virtuales han sido creados de un día a otro. Amigos y compañeros cambiaron *emails* sobre los puntos de vista en discusión. Ideas han sido confrontadas en una gran conversación que se prolongó en los ambientes de trabajo, en la familia, en los espacios de ocio. Gente que habitualmente pensaba de la misma manera se veía ahora defendiendo posiciones conflictivas. Apelaciones emocionales y argumentos simplistas han sido cuestionados. Cada uno se ha visto delante del desafío de elaborar, sustentar y, eventualmente, modificar su opinión.

En España como en Brasil, los ciudadanos están demostrando que por sí mismos pueden llegar a ser mucho más creativos e innovadores que los políticos en el manejo de las nuevas tecnologías. La sociedad es aparentemente menos organizada y organizable, pero más conectada e interactiva.

Lo que coloca la importancia estratégica para la democracia contemporánea de la preservación de la libertad de la Internet y del sistema de los medios como un bien público.

George Papandreou, líder del PASOK en Grecia y presidente de la Internacional Socialista, afirma que los ciudadanos quieren una nueva relación con el poder. Por el hecho de que se sienten más libres y autónomos en su vida cotidiana, quieren también ser respetados en su capacidad de entender problemas, tomar posición y actuar.

Los ciudadanos ya no se contentan con la posición de receptores pasivos de mensajes y palabras de orden. Ya no quieren ser espectadores sino actores. Quieren hablar y ser escuchados. Quieren que a ellos la verdad les sea dicha de forma clara y quieren estar seguros de que será llevada en cuenta su contribución. En la historia reciente brasileña hay varios ejemplos de situaciones en que los ciudadanos han enseñado que son plenamente capaces de entender problemas complejos, acoger argumentos, superar prejuicios y dar respuestas innovadoras.

La campaña por el restablecimiento de las elecciones directas para presidente, la movilización por el *impeachment* del presidente Collor bajo acusación de corrupción, la participación espontánea y masiva de los ciudadanos en la campaña de combate al hambre lanzada por un líder del mundo de las ONG, Betinho, el apoyo popular al Plano Real de lucha contra la inflación, la unión de fuerzas entre gobierno y sociedad en contra el SIDA, el cambio de los patrones de consumo de energía en respuesta al riesgo de “apagón” – todos esos ejemplos expresan, más allá de la especificidad de cada situación, un mismo mensaje: cuando se les respeta la inteligencia a las personas, cuando se les explica lo que está en juego, cuando se les hace un llamamiento con

credibilidad a su creatividad y solidaridad, la respuesta tiende a ser la más amplia posible y se supera el divorcio entre poder y querer popular.

El gran desafío para una nueva política no es, por lo tanto, la desinformación o la apatía de los ciudadanos. De hecho, es la incapacidad – o, por lo menos, la extrema dificultad – de los políticos de comprender, respetar y confiar en la capacidad de ellos.

### *Un nuevo perfil de sociedad*

En sistemas abiertos y complejos – como la sociedad brasileña – el orden no se impone de arriba hacia abajo, de una instancia central de comando y control. Tampoco la transformación se implementa según estrategias uniformes y preestablecidas.

El cambio es un proceso constante que ocurre de modo simultáneo en múltiples puntos. Acciones pioneras, experiencias innovadoras, proyectos ejemplares, articulaciones imprevistas se difunden y se irradian con gran velocidad.

Esas iniciativas e interacciones descentralizadas producen un impacto sobre el sistema como un todo, generando una masa crítica de nuevas ideas, mensajes, propuestas, conocimientos y experiencias. Agentes locales, experimentadores sociales, conectores y comunicadores amplifican y retransmiten las innovaciones en una dinámica continua de experimentación, aprendizaje, corrección, reorganización y expansión.

Reconocer esos nuevos procesos de participación y transformación no implica en su idealización. Libertad y autonomía coexisten con mayor incertidumbre y riesgo. Desigualdad, exclusión y violencia generan desesperanza y anomia.

No todas las emergencias tienen signo positivo. Comprender el sentido de esos nuevos procesos que contrastan fuertemente con los antiguos modelos, centralizados y centralizadores, es un desafío para los actores sociales y políticos.

En este debate hay que tener en cuenta incluso el riesgo de manipulación por parte de un neo-populismo de las dinámicas emergentes de la democracia participativa para debilitar la democracia representativa y fortalecer el control autoritario de la sociedad por el Estado.

La rearticulación del sistema político con las nuevas formas de cultura cívica y participación ciudadana pasa por múltiples caminos que van desde la experimentación de nuevas formas de escucha de los ciudadanos y realización de primarias para la elección de candidatos (*open politics*) a experiencias innovadoras de democracia deliberativa por medio de la expansión de procedimientos deliberativos de consulta y toma de decisión por la población (*deliberative democracy*). Nuevos actores y procesos suscitan nuevas cuestiones. Como, por ejemplo, la interrogación sobre el papel de las estrategias y proyectos de transformación social en sistemas abiertos en los cuales el poder está en múltiples lugares y el cambio es proceso continuo y descentralizado. O la indagación sobre la capacidad de las nuevas dinámicas de participación de revitalizar la democracia representativa y generar sentido, valores, esperanza y perspectiva de futuro.

Los argumentos de este texto son una invitación al debate y a la apuesta en la construcción de alternativas capaces de reforzar la capacidad de los ciudadanos de influir sobre las cuestiones y decisiones que afectan sus vidas y el futuro de la sociedad.